



SOBRE RUEDAS



SOBRE RUEDAS

Más allá de Los Viajes de Júpiter

Ted Simon





n día en Nueva York
por Fernando Prieto
director ExploraMoto TV

Un día estaba en casa de un amigo alemán en Nueva York curioseando en su biblioteca plagada, como era de esperar, de libros ingleses y alemanes. Yo no hablo alemán, sólo algo de inglés, así que, en realidad, miraba por mirar. De repente, un título llamó mi atención: LOS VIAJES DE JÚPITER. Así, tal cual, en español. No era tan raro como puede parecer pues Christoph habla perfectamente español. Al principio pensé que, sin duda, se trataba de un libro de ciencia ficción. Me sorprendió verlo en su biblioteca y, quizás por eso, decidí echarle un vistazo. En la cubierta se

veía la foto de un hombre ataviado con una cazadora de cuero, tipo aviador. Este hombre estaba sobre lo que a mi me pareció una moto clásica, cargada con un montón de bultos. Eso ya no parecía de ciencia ficción, ahora el libro empezaba a hablarme de viajes, ¡de viajes en moto! Pensé que sería otro libro más de viajes en moto, pero eso fue suficiente para abrir la primera página y empezar a leer. La acción comenzaba en la India, perdido en una ruta equivocada, la moto sin gasolina y a la sombra de un árbol. El viajero, Ted Simon, esperaba tranquilamente a que los acontecimientos girasen a su alrededor. «*Era más que probable que algo imprevisible diera un giro a mi destino. Me había llevado años conseguir este grado de serenidad y seguridad ante los imprevistos, así que, mientras esperaba, disfruté del placer de saberlo*». Ted Simon estaba hablando de un viaje, pero en realidad estaba narrando *su* viaje. Aquello me obligó a seguir leyendo. Por la forma en que Ted expresaba lo que sucedía, más que del viaje en si mismo, hablaba de cómo el viaje pasaba por él. Como si el viajero permaneciera estático y fuese el mundo el que se moviese atravesando su interior. Esto ya no era *otro libro más de viajes en moto*, ni siquiera era un libro más de viajes, era un libro excepcional. Naturalmente le pedí el libro prestado a Cristoph. Y aún lo tengo en mi poder.

En LOS VIAJES DE JÚPITER, Ted Simon describe un viaje, un gran viaje alrededor del mundo. Se inicia en Londres y cruza Europa, África, América, Australia y Asia, para terminar en el punto de partida. Tras cruzar Europa, Ted Simon se enfrenta a su primer gran reto: África.

En realidad, y desde muchos puntos de vista, África es el gran reto para el viajero que, sin experiencia previa, se lanza a una aventura como la que acometía Ted Simon. Me recordó a mi mismo cuando, unos años antes, había emprendido un gran viaje por este continente, en moto y en solitario. Él supo describir magistralmente lo que se siente cuando, solo, sin experiencia, y sobre una moto, te diriges directamente hacia lo más profundo de África. Aunque mi viaje no circunvalaría el mundo, produjo en mi el mismo tipo de sensaciones inexpresables que se cuentan en LOS VIAJES DE JÚPITER. Pero no solo las sensaciones, sino las motivaciones y los retos que implican este tipo de viajes. A veces, cuando no consigo explicar adecuadamente a alguien qué se siente y porqué se hace un viaje en solitario de estas características, le insto a leer a Ted Simon.

Pero hay algo más que simplemente acertar al describir las sensaciones y las motivaciones. Y ese algo me identificó de forma profunda con ese viajero subido a su Triumph. Es la forma en la que él afronta el viaje y, definitivamente, lo convierte en «*su* misión». Siempre me dio la sensación de que Ted Simon tenía una actitud, si se me permite la expresión, contemplativa frente al mundo. Es como si él, estático sobre la moto, permaneciera inmóvil en el mismo punto y fuese el mundo el que, en su traslación bajo sus pies, hiciera girar las ruedas de la moto. Y el mundo, pasando a través de él, fuera transformándole poco a poco, de forma irreversible. En eso consiste «*su*» viaje, en realidad, el viaje de todo viajero. En exponerse al mundo, y permitir que sea este el que te cambie.

En realidad, el libro que tienen en sus manos, es algo más que la historia de Ted Simon. Como toda buena historia, es una historia universal que se ha intentado contar muchas veces. Ted sabe contarla realmente bien, y es por eso por lo que ha llegado al corazón de mucha gente. Claro que Ted era escritor antes que viajero... y tiene cosas que contar aun sin viajar.

Años más tarde, gracias a una presentación de LOS VIAJES DE JÚPITER, tuve la suerte de conocer personalmente a Ted Simon. Y, tiempo después, pude hacerle una entrevista para ExploraMoto TV.

Le hice una pregunta que, por supuesto, le habían formulado en incontables ocasiones:

— Ted, ¿por qué iniciaste el viaje?

— Desde Inglaterra no se puede ver la realidad de lo que pasa en el mundo, y yo necesitaba saber de qué estaba hecho ese mundo.

Esa respuesta, ignoro por qué, no terminaba de convencerme. Parecía demasiado correcta, no encajaba con el personaje que yo me había imaginado y, hasta que no empecé a leer los primeros fragmentos de SOBRE RUEDAS, no descubrí el sentido de esa respuesta. Ted, nuevamente, acierta y, a fuerza de ser sincero, da en el clavo. A veces, y especialmente en una entrevista, siente que tiene que transmitir un motivo que ennoblezca y dignifique socialmente un viaje semejante, que lo justifique para todos.

Pero, en realidad, Ted y, desde luego, muchos de nosotros, creemos conocer la respuesta correcta a «la gran pregunta»:

No se inicia el viaje para ver nada, ni para contarlo después, ni para ayudar a alguien o salvar a cualquiera, ni en nombre de nada, ni de nadie. El viaje no es una viaje hacia el exterior, es un viaje hacia el interior. *El Viaje* se inicia porque una fuerza irresistible te obliga a exponerte al mundo para que, siguiendo la premisa revolucionaria, dejando que el mundo te cambie, haya una posibilidad de que tú cambies el mundo. Para siempre.

FERNANDO PRIETO
EXPLORAMOTO TV



rólogo

Ted Simon

SEIS AÑOS ANTES de que empezara mi gran aventura, adquirí una casa en ruinas en la Francia profunda, donde la vida había seguido su curso ajena a los avances de la modernidad. Por aquel entonces, no era de extrañar que todavía se cocinara con leña ni que se utilizaran caballos para trabajar los viñedos. Apiñadas las unas contra las otras como para protegerse, las antiguas casas de piedra ofrecían sombra y frescor en verano, mientras que con la llegada del invierno se volvían oscuras y glaciales. Era como si el espectro de una anciana del siglo diecinueve, envuelta en su capa negra, vagara por los hogares de la aldea.

Parte de mi nueva propiedad estaba en pie desde hacía unos seis siglos. Y los modales y creencias de los vecinos que me la vendieron resultaban tan arcaicos, que sin duda se remontaban también a esta época. Rústicos hasta más no poder, eran tan retorcidos, ásperos, frugales y robustos como la propia viña que cultivaban. Esta familia la formaban cuatro personas: un hombre mayor, su mujer, también de cierta edad, su hijastra y el hijo ilegítimo de esta última. Vivían en la puerta contigua con extrema sencillez, tanta, que incluso el resto de los aldeanos los consideraban unos anticuados. El mobiliario del que disponían para su comodidad doméstica constaba de una lámpara, dos camas, la pila de fregar de la cocina, una chimenea y una letrina.

El viejo llevaba la voz cantante en este decrepito hogar con una mano caprichosa y a veces violenta pero, aun así, la existencia de la familia seguía un ritmo plácido y favorable. Rara vez, por no decir nunca, caían enfermos, y sus vidas estaban más bien limitadas por la ignorancia que por restricciones materiales. En su día a día, muchas cosas habían sobrevivido al paso de los siglos sin alterarse lo más mínimo: su forma de trabajar, las herramientas que empleaban, los alimentos que cultivaban y consumían... Hasta tal punto que, para ellos, la época en la que les había tocado vivir era un circunstancia que carecía de importancia. De hecho, el impacto tecnológico era mínimo en el poblado y se limitaba, concretamente, a la radio, dos teléfonos y una defectuosa red eléctrica instalada en los años treinta.

Pero la excepción que venía a confirmar dicha regla era tan surrealista que escapaba casi a cualquier razonamiento.

Daba la casualidad de que el pueblo estaba situado justo en medio de la ruta de vuelo que los ingenieros de Toulouse habían elegido para probar el primer avión comercial supersónico del mundo. Al menos una vez por semana, una detonación ensordecedora retumbaba a través de las paredes de piedra y quebrantaba la quietud reinante en el valle. Los habitantes del pueblo despegaban entonces las narices de sus faenas para observar como el Concorde, cual relámpago, desgarraba la estratosfera.

El anciano me vendió la casa por una sola razón: se había desplomado el techo. Y no le costó mucho averiguar el por qué. Según él, uno de aquellos estampidos sónicos había sido el responsable de tal desgracia. He de decir que tampoco era la primera vez que atribuía la culpa de sus desdichas a algún que otro aguafiestas venido del cielo.

Y es que, unos dieciséis años atrás, cuando su hijastra se quedó embarazada como por arte de magia, explicó a todo el pueblo que había sido víctima de la libido de un «aviador de paso» que había aterrizado en paracaídas justo en la viña donde la muchacha se encontraba trabajando, y se había aprovechado de ella. Pero esta conmovedora versión del mito griego no logró convencer a los aldeanos. Más bien entendieron que fue el mismísimo anciano, y no algún Zeus moderno, el que sedujo a la joven detrás de las viñas en flor. Y el escepticismo fue cobrando fuerza conforme pasaron los años: el niño, lejos de ser un semidiós, dio señales de estar tarado. No existía ningún fundamento genético que implicara tal resultado, puesto que el anciano y su hijastra no compartían consanguinidad. Sin embargo, a raíz del

juicio moral suscitado por aquel episodio, el pueblo sacó sus propias conclusiones.

Con lo cual, cuando se hundió el techo del anciano, la gente atribuyó el incidente a la negligencia del mismo antes que a cualquier suceso celestial. Lo más probable era que el tejado se hubiera desmoronado porque su propietario no había hecho nada para impedirlo. La intemperie y los roedores se habían cebado con la construcción, y a ello había que añadir un proceso de podredumbre que, a lo largo de los siglos, había carcomido hasta la viga de roble más maciza. Así que, un buen día, bajo el peso monumental de las enormes tejas de pizarra que soportaba, toda la parte central del tejado, aproximadamente diez metros de largo por cinco de ancho, se desplomó sobre las losas del suelo.

Pero el anciano se mantenía en sus trece. Una vez, escenificó en mi honor la reconstrucción de los hechos en medio de las ruinas. Era un hombre tan diminuto como robusto; resistente como la arboleda de robles que se incrustaba en las escarpadas colinas que nos rodeaban; le hubiera bastado con mantenerse en pie para echar raíces. Se ataba los pantalones azules de trabajo muy por encima del prominente trasero que todavía permanecía firme y duro tras una vida entera agachado, trabajando la tierra con sus manos. Llevaba la cinturilla de unos largos y gruesos calzones vuelta sobre el grueso cinturón de cuero que ceñía su graciosa barriga. Su cabecita calva, que colgaba por delante de un cuello arrugado, le daba, a mi parecer, un aire de tortuga.

Levantó la mano para señalar el cielo, en un gesto muy teatral.

—Oí aquel estruendo —exclamó—. Era el Concorde. Escribí al Presidente de la República para reclamar una indemnización. Y a fecha de hoy, todavía no he recibido ninguna contestación. ¡Un escándalo, oiga!

Antes de venirse abajo, la vieja construcción servía de cuadra a un pequeño rebaño de ovejas que la mujer llevaba a diario a pastar en la ladera. El hecho de que el desastre hubiera ocurrido de día era, según el marido, un autentico milagro. Él creía con fervor en estas cosas, de ahí que toda la familia emprendiera cada año un viaje a Lourdes, en busca de prodigios divinos.

Siguió con el brazo alzado en el aire, y como si se hubiera olvidado de él, se puso a señalar la entrada con la otra mano.

—Gracias a Dios, el ganado ya no estaba —vociferó—. De no ser así, las pobres bestias habrían muerto aplastadas.

Permaneció en esta postura, con los brazos desplegados, uno en vertical, el otro en horizontal, recordándome más que nunca a un árbol.

—*Et alors*, decidí vender.

Primero vendió las ovejas. Luego, cuando la lluvia empezó a filtrarse en sus bodegas por las losas rotas del suelo, me hizo una oferta por la casa. Acabó cediéndomela por dos duros dando por hecho que me comprometía a llevar a cabo las reparaciones y a mantener sus bodegas secas.

Aquella vieja construcción y yo estábamos predestinados, como en un sueño. Yo ignoraba por completo que mi

camino me condujera hacia ella. Y es curioso, pero puede que la propia casa también estuviera aguardando mi llegada. Antes que yo, otros la visitaron, la examinaron, valoraron el potencial que ofrecía. Pero después de dejar volar la imaginación renunciaron, guiados a regañadientes, por un sano sentido común. Se desanimaron frente al extremo estado de deterioro: las paredes agrietadas, el techo podrido, la gruesa capa de excrementos de oveja que cubrían el suelo lleno de agujeros... Sin embargo, al marcharse, se llevaron una vívida impresión de sus especiales cualidades. Algunos eran conocidos míos. La casa diseminó así su presencia y esperó con mucha paciencia el día en que la persona idónea cayera rendida bajo su hechizo. Y cuando la vi, no dude ni un segundo que esa persona era yo.

Acabé en este remoto rincón del suroeste francés más que nada por casualidad, con un escaso día libre por delante, y sin ninguna intención de comprar nada. Pero mis amigos me animaron a acercarme y echar un vistazo, y el viejo edificio me tendió una emboscada. De esta forma tan extraña, la mejor sin duda, mi vida cambió por completo.

Pese a su aspecto ruinoso y decadente, aquel edificio había vivido antaño una época de esplendor. En la era medieval cerraba el paso de la estrecha vía que llevaba al pueblo; un pueblo que aún conservaba su belleza natural, y en defensa del cual había sido construido este edificio. Se erguía en una vertiente del valle, dominando una extensión de huertos muy cuidados donde serpenteaba un arroyo. Sus amplios ventanales, tallados con maestría durante el Rena-

cimiento, estaban condenados detrás de bloques de piedra, lo que le confería el aspecto de un coloso ciego, todavía desafiando a sus enemigos, pero inconsciente de que el tiempo se los había tragado desde hacia mucho.

La vi por vez primera en una calurosa tarde de agosto. Sus paredes derrumbadas, que ya no soportaban ningún techo, me transportaron al pasado. Me entretuve imaginando a los salteadores y bandoleros que, ávidos de codicia, habrían acechado este edificio desde las montañas que dominaban el paraje. De los bloques desnudos de arenisca que me rodeaban, parecía filtrarse una luz dorada, y un sol cegador penetraba por cada rendija, proyectando sombras de una desoladora crudeza. Más allá de las inexistentes puertas se propagaban superficies sumidas en una oscuridad cavernosa, tan negra como el carbón.

En su desnudez, el edificio sacaba a la luz el menor detalle de su construcción, de tal modo que pude hacerme una idea de cuantas veces se habían levantado y derrumbado sus paredes en el curso de los siglos. Quedaban interesantes vestigios de la bóveda, así como un insólito objeto en piedra tallada que identifiqué como una especie de frigorífico medieval. Sentí la necesidad de ponerme manos a la obra, de ocuparme de aquel roble encarroñado, de arreglar el tejado y reabrir aquellas gloriosas ventanas. Experimenté un irresistible impulso por pasar a formar parte de la historia de este lugar. En unos instantes había tomado la decisión de renunciar a mi ya descarrilada vida urbana, y aceptar el reto que me había lanzado de manera tan nítida y explícita este edificio, como si de viva voz me hubiese hablado.

A la mañana siguiente, entablamos las negociaciones. A pesar de los pocos recursos de los que disponía, el precio era tan insignificante que no podía suponer ningún obstáculo. De hecho, incluso tenía la intención de comprar las bodegas, pero el anciano se negó a vendérmelas alegando argumentos que me fue imposible rebatir. En la primera de ellas, elaboraba y almacenaba su vino, mientras que en la otra, guardaba el forraje para su caballo. Lo único que pude hacer fue pedirle firmar un escrito que me otorgaba el derecho sobre cualquier otro comprador a adquirir dichas dependencias si alguna vez decidiera deshacerse de ellas.

Tan pronto como me fue razonablemente posible, vendí las pocas pertenencias que me quedaban, allá en Londres. Hecho esto, vine a acampar entre las ruinas de mi nueva propiedad y emprendí la restauración de la misma. Aquello me entretuvo durante cuatro años. Al principio, trabajaba solo; pude contar después con la ayuda de Jo, mi novia. Me endurecí, me volví fuerte e ingenioso. Aprendí bastante de este otro mundo que mi educación y mi experiencia en la ciudad habían pasado por alto, pero sin el cual, a partir de aquel momento, la vida parecería vacía de sustancia.

Convivir con el anciano de la puerta de al lado, con su innata testarudez y su terca negativa a la hora de hacer concesiones bajo cualquier concepto, fue un martirio. Para los aldeanos, el escandaloso episodio del nieto ilegítimo fue la gota que colmó el vaso, y poco a poco, acabaron dando de lado a la familia, que se sumió en un aislamiento total. Mis vecinos se mostraban resentidos y recelosos con el pueblo porque, según creían, no tenía otra intención que robarles

y burlarse de ellos. Siempre se imaginaban conspiraciones donde no había nada en absoluto. A pesar de ser tan petulante e ignorante, no cabe la menor duda de que el anciano, en el fondo, también poseía cierta ternura; pero era demasiado inocente como para explotar dicha cualidad... Y al fin y al cabo, supongo que ese era el motivo por el que lo apreciaba y estimaba pese a todo.

Nuestra relación con la familia siempre resultó bastante problemática y sufrió muchos altibajos a medida que pasaban las estaciones. Pero rara vez se mostraban hostiles, gracias a Jo. Y es que, por su indomable naturaleza arrogante, el anciano se deshacía ante cualquier piropo que le hiciera una mujer.

Las reformas del edificio nos absorbieron cantidades ingentes de energía. Había tanto que hacer, y tan pocos recursos. El trabajo era agotador. Sólo cierta dosis de fanatismo nos alentó a seguir adelante. Poco a poco, la casa se hizo habitable, e incluso agradable. Eso sí, la comodidad fue siempre la justa y las reformas se hacían cada vez más necesarias. Finalmente, en el transcurso del cuarto verano, Jo y yo nos desplomamos bajo tanto peso... Como si el techo se viniera abajo de nuevo.

Pese a la desilusión y la pena que acompañó nuestra separación, las semillas de mi aventura ya habían germinado.

Cuando, más tarde, la gente me preguntaba por qué razón había decidido dar la vuelta al mundo en moto, nunca me faltaron las respuestas. De hecho guardaba decenas de posibles explicaciones bajo la manga. El caso es que

esta pregunta, solían hacérmela los periodistas, los cuales esperaban que les entretuviera un poco. Por lo tanto, les hablaba de mi insaciable curiosidad, de mi interés por la esencia de la pobreza; evocaba la búsqueda desenfadada del autoaprendizaje, o mi reticencia a abandonar este mundo sin haber visto buena parte de él. Pero, en realidad, la respuesta más honesta también era la más corta e incómoda: algo dentro de mí me empujó a tomar esta decisión. Y todo lo demás derivaba de aquello.

Tuvo que tratarse de un sentimiento muy intenso para que lograra aguantar tanto tiempo y atravesar tantas vicisitudes. Quizás «pasión» fuera el término más adecuado. A muchos les pareció extraño que un cuarentón como yo emprendiera un viaje de tal magnitud.

— ¿No es usted un poco veterano para dar la vuelta al mundo? —me preguntó el responsable de una emisora de radio.

Para él, como para tantos otros, no era más que un lunático. Ni siquiera tenía una causa oficial que me amparara. En otras palabras, no podía invocar el tipo de pretexto que justificase una empresa tan extravagante y esperar que mi respetabilidad quedara indemne. Quiero decir, no formaba parte de ninguna expedición, y tampoco era miembro de la *Royal Geographical Society*. No probaba ningún producto, ni rodaba película alguna, ni pretendía batir ningún record. Aún menos lo hacía «por la patria». Para colmo, ni siquiera era un fanático de las dos ruedas; de hecho, hasta entonces, nunca me había montado en una moto.

La desmesura del proyecto era en suma lo que lo hacía tan difícil de asimilar. Si hubiera limitado mi ambición a recorrer el primer trecho del viaje (o sea, desde Londres hasta Ciudad del Cabo), mi propósito habría resultado más comprensible. En estas condiciones, la aventura habría podido llevarse a cabo en unos meses (de hecho, necesité cinco para recorrer esta distancia), y habría entrado en los *límites de lo razonable*. Habría bastado como para proveerme de una buena dosis de riesgos; experimentar todo tipo de emociones; toparme con la vida en su estado bruto, animal y humano. Me habría valido para evadirme del mundo de algodones que es la civilización occidental, y adentrarme en la tierra salvaje que se extiende más allá de sus confines.

Tras una hazaña de estas características, uno todavía podría pretender regresar a la normalidad: reinsertarse en el sitio que le correspondiese en la sociedad, retomar sus actividades profesionales, su rol, sus obligaciones... Volver a ser una persona normal y corriente. Pero, por otra parte, aquello me sabía a poco. Tenía claro que el trayecto Londres-Ciudad de Cabo en moto no era el tipo de proeza con el que me conformaría en mi lecho de muerte.

En cambio, ¿no era algo excesivo recorrer otros 80 000 kilómetros, a través de las Américas, de Australia y Asia? Viajar durante cuatro años por carretera es algo muy distinto a hacerlo durante cinco meses. Después de tanto tiempo, tus conocidos te borran de la libreta de direcciones. Las amistades pueden atrofiarse, las relaciones esfumarse; la gente puede cambiar y desaparecer. Pensé que podría

resultar una molestia para mis amigos que quisiera alcanzar tales extremos. Pero ahora puedo afirmar, cuando por enésima vez se me pregunta acerca de este tema, que fue la decisión más acertada que he tomado en la vida.

Volviendo la vista hacia atrás, creo que esta pasión que se hallaba tras mi proyecto había de encontrar sus raíces en las lejanas peregrinaciones de mis ancestros paternos. Una pasión que se vio alimentada por las andanzas de mi padre, todavía envueltas en misterio, que deambuló por toda Europa antes de llegar a Inglaterra. Puede que ahí estuviera la respuesta al deseo y a los esporádicos impulsos que me empujaban a escapar.

En un primer momento, de camino hacia África, me sentí perturbado y lleno de dudas respecto a mi fortaleza y coraje. Pasé entonces por episodios de tremenda nostalgia y remordimientos. Las diferencias que me habían alejado de Jo y de las viejas piedras de la casa me resultaban triviales ya. Sólo parecía ser cuestión de tiempo que retomásemos el hilo de nuestra vida en común. Pero a medida que me cautivaba el viaje y que empezaba a encontrar mi lugar entre la inmensidad del continente negro, el peso del desasosiego se atenuó. Achaqué esta reacción a algún síndrome de abstinencia, resultado de haber dejado a un lado la propiedad y la seguridad de nuestra sociedad, que parecían obstáculos a la mucho más amplia visión del mundo que amanecía ante mis ojos.

Mi confianza aumentaba conforme iba avanzando. Es más, me resultaba cada vez menos concebible la perspectiva de dejar que los grilletes de la vida sedentaria volvieran

a encadenarme las manos. Y aun así, quizá por haber ido demasiado lejos, fue precisamente lo que ocurrió.

Mi viaje nació de las cenizas de otro sueño de mi vida. Uno muy distinto, por no decir totalmente opuesto, y que fui persiguiendo entre los muros de mi vieja construcción, allá en Francia... Un sueño hacia el que, al fin y al cabo, he regresado. De ahí que mi existencia tenga tanto que ver con un péndulo que va balanceándose entre dos necesidades vitales, a la vez que antagonistas: escapar y construir.

Este libro trata fundamentalmente de los movimientos del péndulo.

TED SIMON



1.- PENANG

SI PARTIMOS DE LA PREMISA de que la vida es un viaje, entonces un viaje digno de este nombre no puede sino asemejarse a la vida. Y la vida tiene sus altibajos. Cuando llegué a Penang, hermosa isla situada frente a las costas malayas, no tenía idea hacia donde iría mi vida. Eso sí, la adversidad no me podía afligir en un lugar más oportuno: conocida como «la perla de Oriente», Penang ofrece una colorida estampa con sus playas tropicales, su deslumbrante flora y fauna y su antigua, a la vez que bulliciosa, capital portuaria, Georgetown.

Llegué a Georgetown en mayo del 76, tras un viaje agotador no sólo para mí, sino también para mi Triumph cuya batería tenía los días contados. La bobina del alternador se había quemado justo al norte de Kuala Lumpur. Solía afrontar este tipo de imprevistos con buena voluntad pero, en esta ocasión, me costó bastante contener los

nervios. El caso es que durante tres años me había empeñado en llevar a cuestras un recambio de esta pieza hasta que, en Singapur, cansado de cargar con el peso, decidí envolverla y mandarla a casa, convencido de que no me haría falta. Apenas una semana después, la necesitaba. Y claro, no podía conseguirla en otro sitio nada más que en Inglaterra. La Lucas, uno de mis patrocinadores, tenía una sucursal en Penang, y se encargaron de expedirla por correo, pero no llegaría antes de un par de semanas. En fin, no me quedó otra que resignarme a matar el tiempo mientras mis dos bobinas se cruzaban en alguna parte en mitad del espacio. Por lo tanto, me instalé en el hotel Choong Thean, en Rope Walk y, después, me fui al paseo marítimo a pescar.

Al principio, no pesqué otra cosa que bolsas de plástico pero, más tarde, enganché un tronco sumergido. Fui un iluso al pensar que sería capaz de sacar un tronco de la Bahía de Bengala con la caña de pescar, pero no podía permitirme perder el aparejo. El sedal se partió y un plomo acabó impactándome en el ojo. El golpe resultó tan violento que ya me imaginaba con un parche y un loro en el hombro. Afortunadamente, el globo ocular no reventó. Simplemente se llenó de sangre. Cuando llegué al hospital, examinaron la herida y me dijeron que no podían hacer gran cosa excepto taponar el ojo y dejarlo reposar hasta que se completara la reabsorción del derrame. Pero claro, que un ojo repose implica que su dueño lo haga también. Además, dado que un ojo no permanecería quieto si el otro seguía funcionando con normalidad, me vendaron ambos, me

acostaron boca arriba y me prohibieron hacer de todo, hasta comer galletas.

Era mi segunda experiencia de reclusión. Había pasado dos semanas en el calabozo, en Brasil, sometido al miedo y a un profundo aburrimiento. A pesar de que la privación de libertad fue casi insoportable, al menos podía canalizar mi frustración, bien con la práctica de ejercicio físico o mediante arrebatos de ira. En aquella ocasión inventé el «squash del prisionero», pasatiempo que me permitía conservar más o menos la condición física y que consistía en tirar una caja de cerillas contra la pared e intentar atraparla en sus aleatorios rebotes. Además, sumo privilegio, podía leer y escribir. Pero aun así, fracasé en mi propósito de alcanzar la paz interior.

Esta vez disponía de aún menos margen en mi confinamiento. De hecho, estaba enclaustrado en una verdadera cárcel mental, y lo que me esperaba ahí dentro no era nada tranquilizador. Al principio, con el trauma del accidente, dormía como un lirón. Durante las escasas horas en las que estaba despierto, me atormentaba preocupándome por la situación en la que me encontraba. Concretamente, me preguntaba si iba a recuperar el ojo derecho y, en caso contrario, cómo me adaptaría a esta hipotética condición de tuerto. Al cabo de veinticuatro horas ya había dejado de darle vueltas al asunto.

Supuse que debía sentirme agradecido por contar con unos días de ceguera ya que, tras tres años de viaje, se me estaba dando la oportunidad de pararme a reflexionar sobre tal cúmulo de vivencias. Había estado viajando solo,

en mi moto, hora tras hora (a veces durante más de doce al día), por los paisajes casi intemporales de África y Latinoamérica, y ni una sola vez se había cruzado en mi camino el aburrimiento. Me dejaba llevar, arrastrado por los misterios de este mundo que se revelaba ante mí. Fue entonces, en el hospital, cuando un considerable elenco de personajes invadió mi cerebro, bailando, desfilando y saltando de aquí para allá por el escenario de mi mente. Me dediqué a especular sobre su naturaleza, su trascendencia, sobre lo que iba a hacer con todos ellos. Estaba convencido de que podía resucitarles, y darles más vida, si cabe.

Por extraño que parezca, de nada me sirvieron aquellos recursos. Era como si el acto de viajar en sí mismo fuera el que diera vida a esos recuerdos. Sumido en la oscuridad de mi ceguera, con los oídos huérfanos del rugido del motor, sin los árboles, setos, pastos, ríos, montañas, llanuras; sin la gente y el ganado que se quedaron atrás en la carretera, sin el cielo, la intemperie y el viento en mi cara, mi imaginación se volvió tan moribunda como mi cuerpo tendido en aquella cama de hospital.

El aburrimiento fue tan asfixiante que acabé sintiendo que me faltaba el aire. Fueron unos días dolorosos e insoportables. Mi mente luchaba en vano por encontrar un punto de anclaje. Sentía que dentro de mí habitaba una criatura, un ave salvaje enjaulada en mi cráneo que, presa de la locura, se estampaba continuamente contra las paredes de su celda. En las tinieblas, asistía impotente a mi propio desmembramiento: el yo que observaba; el yo que sentía; el yo que pensaba; el yo que recordaba... Pero era mi mente

la que se negaba a descansar junto con el resto de nosotros, sumiéndonos a todos en una confusión agónica.

Puede que esta descripción suene excesivamente melodramática, pero nadie que tenga un mínimo de temperamento debería juzgarme a la ligera; antes de hacerlo, que permanezca en la cama con un antifaz puesto, aunque sólo sea por un día. A muchas personas ya les cuesta quedarse quietos, con los ojos cerrados, durante una hora. En mi caso, el efecto fue devastador.

Por supuesto, nadie tenía la culpa de mi estado anímico. Después de todo, tenía la suerte de estar en el hospital general de Penang que, por lo que pude comprobar, era un buen centro. Me atendieron gratuitamente, sin resistencia ni protesta, y me acomodaron en una habitación espaciosa y bien ventilada donde ya había nueve pacientes. Las enfermeras, algunas malayas, otras chinas, eran alegres y muy amables, y yo esperaba con ansiedad sus visitas como lo único que rompía la monotonía de mis días. Una de ellas me enseñó algunas palabras en chino. Otra me describió la vida en Malasia bajo la ocupación nipona, y me sorprendió oír que esta época le resultaba mucho más entrañable que cuando regresaron los británicos. Según ella, no había tanta inseguridad con los japoneses, ya que casi cualquier delito se castigaba con la pena de muerte.

Un especialista seguía mi evolución. Se trataba del doctor Manocha, un hombre serio y bondadoso, que se tomaba la molestia de explicarme con todo lujo de detalles lo que había podido hacer por mí (o bueno, en este caso, lo que no había podido hacer) y por qué. Así, al menos,